

Ambra, desierta ahora, porque Maharajah-Jai-Sing se acordó de una antigua tradición, según la cual no era lícito á un príncipe de su estirpe morar en la misma ciudad cuando su fundación data de 600 años.

El mueblaje de las cabañas, en los pueblos más sencillos, se limita á lo preciso. En las chozas de los todas, la cama está formada con el mismo barro que cubre el suelo, y sobre el cual ponen esteras ó pieles; el mortero para machacar el grano consiste en un agujero hecho en el piso y la mano en una especie de vara corta y gruesa y sujeta á las ramas entrelazadas que constituyen las paredes.

La navegación india en los ríos no ha sido muy notable en tiempo antiguo ni aun hoy día tienen éstos gran importancia para el comercio, excepción hecha del Ganges, Indo, Irawadi y Brahmaputra. El Godaweri y el Nerbada están interrumpidos por fuertes calchones ó raudales. Los barcos mayores se parecen por su forma maciza y tosca á los juncos chinos.

La pesca con todos sus arcos es importante en el Noroeste, donde los mianis del Sind, clase semejante á los jates, pasan con frecuencia la vida en botes, navegando por los ríos ó por los lagos. Los peces imperfectamente secados al sol y salados, constituyen un artículo de comercio. Muchos manjares nacionales están compuestos de pescados. En los últimos años se suscitaron quejas por la carestía del pescado, causada por la imprudente explotación.

La India es el país de las grandes cacerías. Cuando la población era más escasa, como queda dicho, había bastantes animales para alimentar aquellos pueblos de cazadores. Los sistemas de caza perfeccionada con halcones, guepardos y elefantes amansados, son indígenas. En tiempos más modernos la caza mayor ha disminuído. El elefante casi ha desaparecido de la península; los territorios en que todavía se encuentra en mayor número están en el Nordeste, en Asam y la Birmania británica. Casi ha cesado la exportación de marfil en bruto y de cuernos de rinoceronte, que en otros tiempos era muy importante.

La situación de casi todas las antiguas capitales de la India demuestra que sus fundadores no apreciaban mucho el tráfico. Los caminos eran pocos y muy malos antes de que se estableciera en la India la red de ferrocarriles en 1843. En el siglo xvi, el conquistador afgano Jir-Xah dió principio al gran camino real desde Calcuta hasta el ángulo de las provincias del Noroeste, que concluyó la compañía de las Indias Orientales en tiempo de lord Bentinck. Otros soberanos indígenas abrieron caminos, pero los descuidaron enteramente, como el rajah de Cachemira, por miedo de que llegasen á su país demasiados extranjeros. Ahora India tiene más caminos y ferrocarriles que ninguna otra región de Asia de su extensión. Los medios de transporte se modificaron al aumentar los de comunicación. Pero en el Noroeste siempre se ven los pesados carros tirados por bueyes y cubiertos con esteras; aun siguen innumerables camellos levantando torbellinos de polvo en los caminos secos del Pendjab. Los coches de elevada caja, cubiertos con mantas de mil colores, van, como anteriormente, tirados por un solo caballo del Afganistán.

La India cuenta con muy hábiles comerciantes. Célebres por tal concepto son los parsis, los banianos y también los habitantes de la costa del Malabar. Innumerables caravanas y bazares son los centros y las escuelas de la vida comercial india; estos establecimientos son con frecuencia de carácter monumental, y en ellos reina una vida, una actividad, que produce la impresión de abundancia y variedad. Algunos bazares concentran el comercio de varias millas á la redonda, y por ejemplo las caravanas llevan á

Rawalpindi telas y objetos de metales desde Cachemira, cueros desde Peshaver, frutas desde Cabul y galletas de arroz desde Attok.

Es cierto que la industria india, como sus hermanas la persa y la árabe, sufrió notable atraso al perder su esplendor las potencias indígenas. Los artesanos indostanos trabajan todavía con herramientas muy sencillas y por procedimientos algo diferentes de los empleados por sus compañeros del Norte. Conocen el arte del curtidor, pero forman un saco con la piel que deben adobar, le llenan de corteza de babul desmenuzada, vierten agua encima y dan por terminado su trabajo. El carpintero trabaja con una azuela de ángulo recto en lugar de cepillo, martillo, barrena, sierra y cuchillo. El herrero tiene un pequeño yunque en el suelo, aviva el fuego con un abanico, y trabaja el hierro con un martillo de mango corto y unas toscas tenazas. Todos los obreros trabajan acurrucados. El tejedor, el herrero, el ollerero, el molinero de aceite son artesanos que no faltan en ninguna aldea india. La división de las castas, en virtud de la cual el oficio pasa de padres á hijos, facilita la tradición de los conocimientos y de las industrias. Los primeros europeos que llegaron á la India se quedaban asombrados al ver los admirables productos de esa industria, especialmente en telas y metales. Europa no podía ostentar nada comparable á ellos. Al principio del comercio indio-europeo, en el siglo xvi, eran famosos los distritos de Sarate, Calicut, Masulipatam, Hugli y otros principalmente por sus tejidos. A pesar de las trabas fiscales y de los progresos industriales en los países donde se emplean las máquinas, todavía produce la India muchos tejidos, pero le es fatal la competencia de Manchester, aunque el mérito de la duración pertenece siempre á los tejidos indios. Las preciosas telas que se tejían, como la muselina de Dacca, para cuya preparación las delicadas manos de los indostanos ponían en movimiento hasta 126 artefactos diferentes, están tan fuera de uso que los millares de tejedores, que se sustentaban de esa industria, ahora se dedican á labrar la tierra. Los tejidos de seda son más bien industria de ciudad. Asam y Bengala producen seda de varias clases. Es privilegio de los ricos llevar vestidos de seda ó de ésta y algodón. Otros géneros de lujo, como terciopelo, brocado, tela de oro, finísimos chales de lana del Cachemira se hacen también con perfección en la India, siendo de desear que todas estas hermosas y originales industrias se puedan conservar, á pesar de la competencia de las máquinas.

Los más importantes metales parecen haber sido conocidos en la India desde los tiempos más remotos. Su uso está muy extendido para la fabricación de armas y herramientas en cualquier otro país asiático, pero en ninguna parte, ni aun en Europa, es tan grande el número de las vasijas de metal para los objetos más comunes. Ujfalvy dice: «Cuando se considera que todos los utensilios domésticos en el Asia superior, en la Persia y en la India, y los numerosos ídolos de este último país están fabricados con metales labrados ó fundidos, es fácil formarse una idea aproximada de la importancia de esta industria en todas esas regiones.» Por lo que se refiere al hierro, toda aldea, por miserable que sea, tiene un herrero para fabricar y componer azadas y demás herramientas necesarias para la labranza. Pero en las grandes ciudades, y muy especialmente en aquellas donde residía la corte y el ejército, hay herreros que hacen obras admirables de hierro y de acero. Algunos pueblos del interior también fabrican armas de acero. Schlagintweit dice que la perfección de su trabajo debe depender del excelente sistema de templar el hierro. Las espadas de algunos pueblos, adornadas con inscripciones y

relieves, sus cotas de mallas, sus armas de todas clases siguen siendo modelos de perfección.

Las joyas de oro, plata y piedras preciosas tienen carácter persa-indio. La fama de que gozaba Ispahán por sus hojas de espada damasquinadas ha decaído algún tanto. Se trabaja mucho en cobre en los territorios mahometanos, y en Cachemira y en Persia tanto en bronce y en cobre como en hierro. La llamada *cota* de forma esférica, que reemplaza el jarrón en los lavatorios de toda ceremonia, se encuentra en todas partes, y se hace exactamente como 1.500 años atrás. Benarés, Madura y Tandjur son los centros de esta industria. El trabajo del cobre importado ha creado una gran industria nacional en Bombay.

Los habitantes del Indostán no se sirven de pequeñas vasijas de cobre, sino de recipientes de metal amarillo cincelados. Esta industria no llega acaso á la perfección de la persa, pero en la India está más generalizado el uso de adornar cualquier objeto con cinceladuras.

Todos los grandes territorios como Cachemira, Tibet, Tibet inferior y el Turquestán tienen su propia industria en este género, que se distingue de las demás no tan sólo por sus formas características, sino también por la mezcla de los metales. La base comunmente es cobre, al que se añade oro, plata, hierro, acero, estaño, plomo, mercurio, antimonio y zinc, mezclas que se efectúan por diferentes sistemas. El metal amarillo que se fabrica en el Turquestán difiere mucho de nuestro latón por la mezcla de estaño y plomo. En los países del Norte están muy atrasadas la orfebrería y joyería, sobre todo en el pobre Turquestán y en el Tibet.

La situación de la mujer en la India es en nuestros días la misma que en todo el Oriente, pero hay síntomas de que mejorará: en el Noroeste se la trata más bien; allí los rajputas tienen á las mujeres el mismo respeto que caracteriza á las razas guerreras. Sus poesías están llenas de lances novelescos, de hazañas peligrosas, emprendidas para librar á alguna hermosa prisionera ó para vengar el honor de alguna dama. Los pueblos arios consideraban á la mujer como auxiliar y compañera del hombre; el matrimonio se tenía por sagrado, y el bello sexo tomaba parte en las ceremonias religiosas. Entre las mujeres se cuentan poetas que compusieron los más hermosos himnos de los Vedas. El precepto de los Vedas del cual se derivó más tarde la costumbre de quemar á la viuda con el marido difunto, tenía originariamente un sentido distinto: «Mujer, levántate en el mundo de la vida. Ven con nosotros. Como esposa has cumplido tu obligación.» En la poesía quedó mucho tiempo el recuerdo de esta elevada situación de la mujer, cuya confirmación se ve en la libre elección del esposo, que los poetas sin embargo atribuyen únicamente á las princesas. En las leyes de Manú se concede la libre elección si el padre ha dejado pasar tres años desde la época en que su hija llegó á la edad núbil sin proporcionarle esposo. La influencia de las mujeres es poderosa en ciertos casos, hasta en la corte de los príncipes, pero siempre con algún objeto loable. Las leyes brahmánicas tampoco eran, en teoría, desfavorables á la situación de la mujer, pues la llaman alivio y consuelo en el desierto de la vida, y mandan á los esposos, á los hermanos y á los hombres en general, honrarla para que sean ellos mismos felices, pues los dioses se regocijan donde se honra á las mujeres.

El matrimonio entre los bhiles, que no reconocen castas, es uno de los más primitivos. En un día señalado, todos los jóvenes que tienen la edad legal, escogen á su esposa entre las doncellas casaderas; cada pareja se retira al bos-

que, del que vuelven algunos días después legítimamente casados. La ley brahmánica concede esta forma de matrimonio y la de raptó y conquista de la mujer, aun contra su voluntad, á la casta de los guerreros. Muy diferente de la regla de los indios, que considera como el mejor enlace el de los primos hermanos, es el matrimonio de los khassia, en el cual el esposo entra en la familia de la mujer y los hijos pertenecen únicamente á la madre. A la normal fundación de la familia se oponen entre los indostanos ciertas preocupaciones, que exigen para una joven de casta elevada un dote correspondiente y un lujo en la celebración de las bodas, que con frecuencia no corresponde á la hacienda de los padres. El conflicto que surge en tales ocasiones se agrava por la circunstancia de que la ley religiosa manda á los indostanos procurar el casamiento de sus hijas, de manera que en la casta tamul de los mercaderes vaniques, el padre va á casa del novio deseado y ofrece á su hija. Evítase por todos los medios la prolongación del estado de soltera, por el peligro de corrupción de costumbres. Entre los indostanos se celebran bodas de niños antes que lleguen á la edad debida, siendo esto causa de que con frecuencia la niña enviude sin haber visto á su esposo. Los padres, si temen el tener que casar á sus hijas con jóvenes de casta inferior, prefieren privarlas de la vida á su nacimiento, para evitar la ignominia futura. Esto explica el horroroso número de infanticidios, cometidos en el sexo débil. Si se pregunta á un habitante del Kathiawar por el resultado del alumbramiento de su esposa, contesta friamente que no ha dado á luz nada, cuando la criatura recién nacida es una niña. La ley prohíbe el infanticidio, pero no deja de cometerse por lo mismo que la pena es leve. Trece días después de cometido el crimen, el sacerdote de la aldea ó de la familia va á la habitación donde éste se efectuó, previamente cubierta de una capa de estiércol de vaca, y allí guisa y come los manjares que le entrega la familia tomando por su cuenta el infanticidio y purificando á la familia. Los gondes á veces buscan novias en las razas vecinas. Entre los kuranos de la India del Sud, el marido puede entregar á la mujer como fianza á su acreedor.

La poligamia domina en la India, y no tan sólo entre los mahometanos. Los pueblos guerreros abusaron de ella. Entre los orgullosos maraves del Tamul, los hijos de las concubinas servían de séquito á sus padres. Los príncipes guerreros sikhes llevaban en su carro hasta 20 bayaderas. En Cachemira las mujeres no pueden ausentarse del país: la aduana impide cuidadosamente su salida así como la de los caballos.

Entre varias razas montañosas rara es la poligamia, como también el adulterio, y celebran el nacimiento de un niño con mucha solemnidad. La elección de la esposa está menos sometida á las preocupaciones de casta en el país de los dardes, en el cual se ha introducido la poliandria desde el Tibet. A pesar de la ley mahometana, la mujer sale libremente y con la cara descubierta. Entre los vakanos el trabajo del campo es cosa propia de los varones. Los schiranis no compran sus mujeres, como las compran, aunque ocultamente, los afghanes y los pathanes, sino que el padre es el que entrega el dote y el ajuar á la hija. La poliandria contribuyó á aumentar los infanticidios. Como relata el obispo Hebert de Ceilán, después del censo de 1821 había disminuído el número de las mujeres en un distrito hasta quedar reducido á la mitad del de los varones. Equilibrio entre los dos sexos casi no se encuentra más que en los distritos mahometanos. Los jates toleran aún la poliandria: ciertas leyes de los indostanos consideran menos grave el delito de adulterio si se comete con el hermano del marido.

En la India del Sud practican con frecuencia la poliandria los parias, pero nunca ciertas razas inferiores, como los pulayas.

La división de casta es la ley más poderosa é inquebrantable en la India; determina todas las condiciones de la vida, sigue las fases por las que pasaron los pueblos indios y se enlaza íntimamente con su historia. La fórmula dogmática de Manú, que dice: «El Señor ha impuesto al sudra el deber de servir á las tres castas superiores,» continúa en vigor y no se podría comprender su esencia, si no se supiera que la palabra casta representa una idea que ha experimentado mil cambios y gran desarrollo entre los indios. Las cuatro castas citadas de los sacerdotes (brahmanes), guerreros (chatriyas), agricultores (waisyas), y jornaleros (sudras), hoy por hoy poco significan: la de los brahmanes, que prometía mayor unidad étnica, se dividió en centenares de castas inferiores; entre éstas no pueden



Estatua de Budha de bronce (Museo etnográfico de Munich).

contraerse enlaces, ni un individuo de la una puede dar alimento á otro de las otras sin peligrar la salvación del alma de este último, etc. ¡Qué diferencia entre los pundites brahmánicos del Bihar y los orgullosos sacerdotes de Benarés, y los brahmanes cultivadores de patatas de Orisa, aldeanos medio desnudos, que serían despreciados por todos los demás de su casta si no fuera por el sucio cordón de brahmán que llevan alrededor del cuello! Y hay brahmanes mozos de cordel, pastores, pescadores, ollereros, junto á otros que preferirían la muerte al trabajo manual, tanto para sí como para sus familias, y que mueren en efecto de hambre antes que comer un manjar preparado por un hombre que pertenezca á una casta inferior. La preocupación que domina á todos respecto á las exterioridades, hace que se conserve siempre el horror á comer y beber con individuos de castas inferiores. Hunter cuenta que en 1864 presencié cómo un brahmán sufría la pena de azotes antes que aceptar la comida preparada por otro brahmán cuya nacionalidad le inspiraba sospechas desde el punto de vista del grado de su santidad. En las cárceles del Bengala inferior se eligen brahmanes condenados para preparar el alimento de los demás prisioneros, porque así pueden satisfacer los escrúpulos de todos los otros brahmanes encarcelados.

Las divisiones principales en la casta de los brahmanes son diez, cinco al Norte y cinco al Sud de la cordillera de los Windhya, pero las subdivisiones son muchas más, y entre las 469 clases en que se reparte la primera de las di-

visiones del Norte, los sarasvata del Pendjab, muchas tienen por límites el mismo territorio. Sherring, en su obra sobre las razas y las castas indostanas, cuenta 1.886 clases de brahmanes. En las castas inferiores las divisiones son casi igualmente numerosas: los guerreros se fraccionan en 590. La ley indostana que prohíbe el matrimonio entre individuos de la misma familia así como entre los de diferentes castas, no se ha cumplido siempre muy rigurosamente. Los brahmanes antiguos admiten como legítimos los matrimonios de hombres de casta más elevada con mujeres de otra inferior y declaran legítima también la descendencia. Obedeciendo sin duda á causas políticas, poblaciones enteras de raza inferior fueron admitidas en el seno de castas elevadas, y así se concibe que á pesar de todo predominen ahora en la India las razas mixtas. Sin embargo, la preocupación de casta sigue poniendo trabas á las relaciones de sus individuos, tal vez más que las pondría una ley escrita. En los últimos años han ocurrido conflictos que demostraron lo poderosa que es todavía esta preocupación.

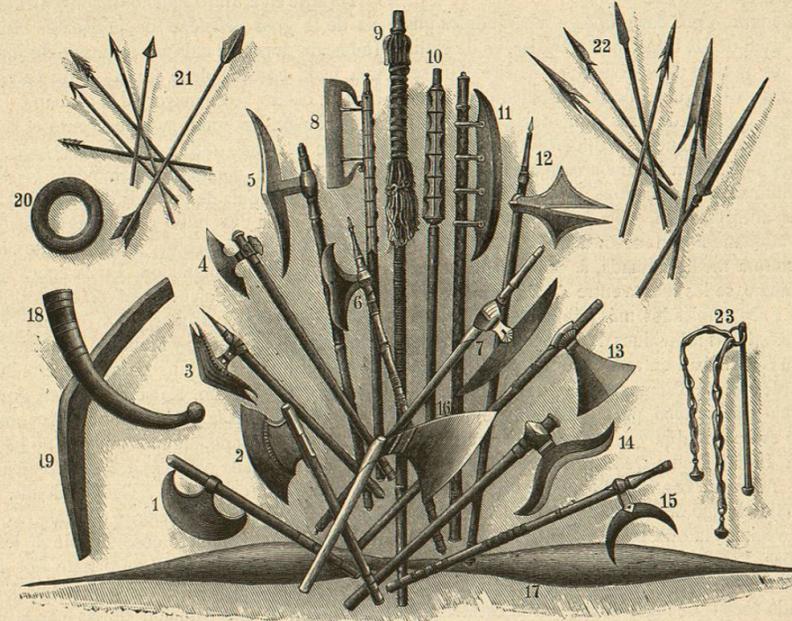
Cuando se vuelve á admitir en una casta á un individuo expulsado de ella, primero se le obliga á enterrarse hasta las rodillas, en seguida se le tapa y se pronuncian sobre su cabeza plegarias y fórmulas de conjuros. Después debe comer, para purificarse, una mezcla de las cinco sustancias sagradas: manteca derretida, leche, miel y dos clases de estiércol de vaca; en fin, según sea su hacienda, paga una multa más ó menos crecida.

Domina también la tendencia de repartir el trabajo entre las castas, reparto que es aún más visible en las clases inferiores, á las cuales se las encarga de los trabajos repugnantes y bochornosos, habiendo poblaciones enteras que gimen bajo el peso de semejantes tareas. Los mahares del Konkán del Norte, por ejemplo, viven en chozas de abrojos muy bajas, cerca de las aldeas de los indostanos, y les está vedado por éstos ejercer otra industria que no sea la del transporte de animales muertos, basura y estiércol. Sin embargo, algunos pueden ocuparse también en arrancar raíces de acacia. Tan arraigadas están estas preocupaciones, que tampoco es posible extinguirlas completamente ni aun para lograr ventajas económicas, aunque se pueda debilitarlas. En Travancor se considera á los pulayas como la última clase y casi se ocupan únicamente en cultivar la tierra y en recoger las mieses, resultando de aquí que los alimentos y las ofrendas para los templos pasan por las manos de aquellos hombres, y sin embargo todos se alejan de ellos para no mancillarse. Los waisyas del antiguo sistema de castas comprendían á los labradores, es decir, á la mayoría del pueblo; pero con el progreso de la civilización, algunos de ellos fueron elevados á las castas superiores y otros se ocupan en trabajos menos penosos y de más provecho. Ahora los waisyas son los mercaderes y los banqueros de la India. «Mucho tiempo se ha necesitado para producir un cambio tan grande, pero en algunos casos se efectuó rápidamente, como lo prueba la historia de los plateros de Madrás, que se opusieron con firmeza á la dominación de los brahmanes, como verdaderos maestros de la fe, y se adornaron ellos mismos con el sagrado cordón de brahmán. Este conflicto motivó el fraccionamiento de la casta en Madrás en dos divisiones, una con nombre de «mano derecha» y otra con el de «mano izquierda,» según que aceptaban ó rechazaban dicha pretensión. En el Bengala los dattas, parte de la casta de los escribientes, trataron de elevarse á la categoría de brahmanes; en Dasca se elevó la clase de los molineros de aceite, conservando su nombre, á la de cambistas y mercaderes. Otros casos semejantes se podrían citar que prueban cómo la sociedad india está sujeta á variaciones, á pesar de lo

rígido de su constitución exterior. En donde quiera que las ideas de casta y de oficio se han mezclado, abrióse el camino á las influencias económicas, por más ventajas que tuviera la costumbre de heredar el oficio de los antepasados, la seguridad común, el progreso del trabajo, la recompensa del mérito y el castigo de ser expulsado de su propia casta. La semejanza de las castas indias con los gremios europeos es tanto mayor cuanto que, como en éstos, hay un fondo común para premios y socorros. Estas disposiciones pueden aumentar el brillo de la casta. No es posible precisar los límites entre ésta y la comunidad, pues en los oficios de alfarero, tejedor y en los cinco que toman parte en la construcción de los templos, hay individuos en el Tamúl que

alcanzan el honor de llevar el cordón sagrado. En Surate los oficios reunidos en comunidades tienen consejo, presidente y caja, y en ellos no se hace gran caso de las diferencias de raza. En las comunidades de aldea la casta más elevada ocupa teóricamente una posición superior, pero prácticamente sucede que el jefe de la aldea pertenece á una casta tan inferior que no le es lícito estar bajo el mismo techo con los ancianos del consejo, sin embargo de ser éstos sus subordinados.

Antes de la abolición de la esclavitud, los esclavos eran tratados, no como hombres, sino como animales. En el año 1850 la situación de los infelices pulayas de Travancor era digna de la mayor compasión; su vecindad se conside-



Armas indias. 1, 2, 4-8, 11-13, 15, destrales de combate de Chota Nagpur. - 3 de Kattak. - 9 Clava de Indor. - 10 Palo de Tinneveli. - 14 Destral de combate de Vizianagram. - 16 Destral de combate de Ganjam. - 17 Arco de las Andamanes. - 18 y 19 Bumerangs de Guzerate. - 20 Arma arrojada de acero (quoit). - 21 Flechas de las tribus montañosas. - 22 de Kandesch. - 23 Cadenas contundentes de Vizianagram (Según Egerton).

raba como una profanación; pertenecían á su dueño que podía disponer de su vida, comprarlos, venderlos, azotarlos, mutilarlos y en fin matarlos. Si la ley no autorizaba precisamente estas crueldades, en cambio no daba medios para obligar á los amos á ser más humanos. Además no tenían ni siquiera bastante alimento para aplacar el hambre. Los hijos de los esclavos pertenecían comunmente al dueño de la madre. En 1854 y 1858, en que se debía mejorar la situación de estos seres despreciados merced á la abolición de la esclavitud, se mostró el poder del sistema de castas superior á la influencia del gobierno. En algunas regiones los pulayas no pueden transitar por los caminos públicos, en otras se deben ocultar entre las matas al acercarse un hombre de casta superior, de suerte que les es muy difícil pasar de una á otra localidad. Si están trabajando en los caminos, deben colocar señales para avisar á las demás castas y retirarse cuando se lo mandan para dejarlas pasar. No pueden acercarse á un hombre de distinta casta más que á 20 metros de distancia, ni entrar en el mercado, ni fabricar sus chozas cerca de las vías públicas. El único nombre que les es permitido dar á sus moradas es: «montones de estiércol.» Cuando quieren comprar alguna cosa, colocan el dinero á alguna distancia, dicen en alta voz lo que

piden, y luego deben retirarse mientras el vendedor pone la mercancía en el sitio donde ha dejado el dinero. Los misioneros han sido impotentes para abolir estas costumbres, á pesar de que cuando alguno de aquellos seres degradados, sumidos en la ignorancia y la suciedad, puede recibir una cuidadosa instrucción, llega á ser una persona tan notable como puedan serlo las de las castas preferidas. El gobierno de Travancor, en 1875, los alabó por su destreza y actividad, y los citó como modelos de fidelidad y honradez, para despertar la emulación de los otros. Pero caro costó tal reconocimiento. Cítanse casos de esclavos pulayas cristianos que fueron azotados hasta morir y de otros, pertenecientes á escuelas cristianas, que fueron quemados vivos. En la India del Sud no se conoce la casta de los ladrones; los criminales allí se asocian con los parias. En el Norte, al contrario, tienen su propia organización, de la que pudo valerse el gobierno británico para defender la pública seguridad, haciendo responsables á los conocidos jefes de una raza de ladrones y criminales, de todo atentado contra la propiedad y la seguridad personal que se cometiera en el territorio. Hace pocos años, en Kulu ó Suttanpur, la administración británica puso un empleado inglés á la cabeza de la casta de ladrones.